

cuerpos avanzados, hallábanse llenas de estos juicios absurdos. En su consecuencia, privóse del mando á los dos generales, arriba dichos, y confiriósele á uno solo: al marqués de la Romana, al fugitivo de Dinamarca, el cual habia llegado á ser el favorito de la demagogia española. La institucion de un mando único en gefe hubiera sido ciertamente un pensamiento acertado, si se hubiera investido con él á un militar español capaz de desempeñarlo en debida forma; á Castaños, por ejemplo, quien, atendido el estado actual de los ejércitos insurgentes, era el general único que podia hacer un ensayo. Causabales, empero, envidia por la jornada de Bailen, y se le detestaba á causa de su buen sentido, al paso que el marqués de la Romana, cuyos planes extravagantes y exaltacion romancesca tenían para la junta mucho atractivo, y á quien recomendaba en extremo una evasion que habia tenido cierto no sé qué de maravilloso, no podia inspirar celos á nadie por la razon sencilla de que no habia alcanzado ninguna victoria, y era además extraño á todos los odios, porque habia estado ausente. En esta atencion, eligiósele para que mandase en gefe los ejércitos de Blake y de Castaños. Mas como el marqués de la Romana se habia visto obligado á retirarse á Leon con siete ú ocho mil fugitivos, haciendo una marcha larga y penosísima al través de montañas cubiertas de nieve, y como Leon dista de Tudela cien leguas por lo corto, hallábase imposibilitado de encargarse inmediatamente del mando de los ejércitos del centro y de la derecha, por cuya razon se le confirió interinamente al general Castaños. Tomás de Morla, aquel arrogante capitán general de Cádiz, de

quien tantos motivos de queja tenían los franceses por la conducta que con ellos observara despues de la derrota de Bailen, habia sido nombrado director del ramo de guerra, y la junta le confió además la mision de poner de acuerdo entre sí á los generales españoles, y con especialidad á estos y á los ingleses que iban á entrar en linea.

Habiendo empleado Napoleon los dias 15, 16, y 17 de noviembre en recoger noticias de sus diversos cuerpos de ejército, y habiéndose asegurado por ellas de que el mariscal Soult habia entrado sin dificultad alguna en Santander, de que el mariscal Lefebvre se hallaba establecido en Carrion, de que el mariscal Victor se habia puesto en marcha para Burgos, y de que el mariscal Ney, en fin, acababa de llegar á Aranda, dió orden á este último para que se dirigiese á San Esteban, y desde esta villa á la de Almazan, prescribiéndole, que así que llegase al último punto, estuviese atento sobre Soria y Calatayud, á fin de saber si el general Castaños retrocedia, ó si avanzaba hácia Madrid, ora por el camino de la primera de aquellas dos ciudades, ora por el de la segunda, puesto que era indispensable que el 22 ó el 23 cayese sobre la retaguardia del ejército español, al cual debia repeler estos mismos dias el mariscal Lannes y hácia una de las mencionadas direcciones, con la violencia con que él acostumbraba á repeler al enemigo. Semejantes instrucciones no podia ser mas precisas, si se tienen en cuenta los lugares y las circunstancias. Napoleon obligó á partir en aquel mismo dia á Lannes, el cual apenas podia sostenerse sobre el caballo, con orden de que se dirigiese á Logroño, y de que reuniendo allí la infantería

de la division del general Lagrange y la caballeria de los generales Colbert y Dijeon á las tropas del mariscal Monecy, se lanzase con veinte y cuatro mil infantes, los dos mil artilleros, y los cuatro mil caballos, sobre Castaños y Palafox, y los obligase á caer sobre las bayonetas del mariscal Ney.

Ambos mariscales ejecutaron inmediatamente el movimiento que se les habia prescrito. El mariscal Ney partió el 19 de Aranda, y yendo á dormir a quella noche á San Esteban, llegó á Berlanga el 20. Hay que tener presente, que las dificultades que las marchas ofrecian en la mayor parte de las provincias de España, se aumentaban de un modo extraordinario al abandonar la carretera de Madrid para meterse en el pais montañoso de Soria, á través de la cadena de cordilleras que se eleva entre los Pirineos y las de Guadarrama. Para dirigirse sobre el Ebro y coger por retaguardia estas tropas del general Castaños, era absolutamente indispensable atravesar aquellas cordilleras. El mariscal Ney, por otra parte, tenia que encontrar por precision en aquel pais menos frecuentado de tropas y donde dominaban naturalmente con mayor fuerza las viejas costumbres de España, un pueblo mucho mas hostil, menos comunicativo, y mas dispuesto á engañarle con falsos informes. Los habitantes huian á la aproximacion de su ejército, y dejaban á este que se apropiase los viveres que encontraba, prefiriendo el abandonar sus hogares, á disminuir sus perjuicios proporcionándole aquello de que hubiera necesidad. Los que se quedaron en las poblaciones, que eran los menos, hablaban con gran énfasis de los ejércitos de Castaños y Palafox, cuyo número calculaban

unos en sesenta mil hombres, y otros en ochenta mil. Respecto al punto donde se hallaba establecido el cuartel general, cada uno decia una cosa diferente, y otro tanto sucedia respecto á si Castaños seguiria, en caso de retirarse sobre Madrid, el camino de Soria, ó el de Calatayud. De aqui resultaba, que, como Napoleon admitia en sus instrucciones una de estas dos hipótesis, el mariscal Ney se encontraba en la mayor perplejidad. No contando, como no contaba, más que con unos trece ó catorce mil hombres, no podia menos de preguntarse á pesar de su natural intrepidez, de la cual habia dado tan brillante prueba en Guttstadt haciendo frente con quince mil franceses á sesenta mil rusos, si se hallaria efectivamente en el verdadero camino, por donde debería verificar su retirada Castaños, y si en el caso de que así fuese, no era de temer, que replegándose Castaños y Palafox sin haber sido batidos, cayesen sobre él con sesenta ú ochenta mil hombres, lo cual hubiera seguramente agravado mucho su posicion. Por esta causa marchaba con gran tiento, escuchando, haciendo exploraciones, y reclamando del cuartel general los informes, que no le era dado obtener de los pueblos. El 21 llegó á Soria con una de sus dos divisiones, y allí esperó á la otra, á la cual habia prescrito que diese un rodeo por la derecha, á fin de obtener alguna noticia de Calatayud. Aquel intrépido mariscal vaciló entonces por primera vez en su vida, y se mostró sorprendido é indeciso á consecuencia de los rumores contradictorios que recogia en aquel pais de ignorancia, de exageracion, y erizado de riesgos. El tiempo urgia, sin embargo, puesto que el 22 ó el 23 eran los dias designados para que las

tropas francesas del Ebro, empeñasen el combate con Castaños y Palafox.

El mariscal Lannes, por su parte, quien, como ya hemos dicho, habia montado á caballo sin hallarse completamente restablecido, partió el 19 de Burgos, y fué á dormir á Logroño aquel mismo dia. Anticipadamente habia dado orden á la division Lagrange, á la caballería del general Colbert, y á la brigada de dragones del general Dijeou, para que empleasen la jornada del 20 en concentrarse alrededor de Logroño, y para que, atravesando el Ebro en la mañana del 21, descendiesen siguiendo la orilla derecha de este rio hasta dar frente á Lodosa, por donde debia desembocar el mariscal Moncey. Marchando el 20 desde Logroño á esta villa, y habiéndose avistado en ella con el mariscal Moncey, el cual se hallaba interinamente á sus órdenes, prescribió que estuviese dispuesto para pasar el puente de Lodosa en la tarde del 21, á fin de que pudiesen incorporarse con él las tropas del general Lagrange.

Las instrucciones del mariscal Lannes habian sido ejecutadas puntualmente, y el 21 por la tarde llegó en efecto, el general Lagrange al frente de Lodosa, por cuyo puente de embocaron las tropas del general Moncey. Entre las de uno y otro formaban una masa total de veinte y ocho á veinte y nueve mil hombres de infantería y de caballería. El mariscal Lannes habia conferido al bizarro Lefebvre-Desnoettes el mando de toda su caballería, compuesta de los lanceros polacos, de los coraceros y de los dragones provisionales, de los ligeros que habia traído consigo el general Colbert, y de los dragones antiguos procedentes de lo interior de

Alemania, que acababan de llegar conducidos por el general Dijeou. La infantería constaba de la division Lagrange, antes division Bisson, y de los jóvenes soldados al mando del mariscal Moncey á los cuales se agregaron despues el 44.^o y el 44.^o de línea, y las legiones del Vistula. Aquellos soldados bisoños, no obstante, podian competir ya con los soldados aguerridos: lo único que les faltaba eran buenos oficiales, como sucedia á todos los cuerpos de reciente creacion, cuyos cuadros fueron formados con oficiales pertenecientes á la retirada. Lannes mandó que acamparan para que partiesen de madrugada al siguiente dia, y proveyó de pan para cuatro jornadas á cada soldado.

Con efecto, al siguiente dia 22 de noviembre, emprendióse la marcha hacia Calahorra, siguiendo la orilla derecha del Ebro. Lannes marchaba á la cabeza con Lefebvre-Desnoettes y sus lanceros polacos, los cuales eran el terror de los españoles. Habiendo llegado á Calahorra, supo allí que los españoles iban en retirada hacia Alfaro y Tudela, donde era de presumir que se les encontraría en posicion á la mañana siguiente. Lannes mandó, pues, acelerar la marcha, y aquella misma noche fué á dormir á Alfaro. No era posible hacer jornada mas larga en un solo dia, y por otra parte no era difícil partiendo de madrugada de aquella ciudad, llegar á Tudela á buena hora para dar la batalla. Las divisiones Maurice-Mathieu, Musnier, y Grandjean ocupaban la izquierda del Ebro. Las divisiones Morlot y Lagrange llevaban la derecha, y fueron á hacer noche á Corella. Durante esta marcha, la caballería precedió á la infantería.

Lannes dió orden á sus tropas de que al siguien-

te día (el 24) partiesen sobre Tudela á las tres de la mañana. Para no perder tiempo, y deseando adelantarse á sus tropas y reconocer las posiciones del enemigo, en el caso de que éste se detuviese para combatir, marchó á galope con Lefebvre-Desnoettes y los lanceros polacos.

Los generales españoles habian invertido mucho tiempo en disputar el plan mas conveniente: Palafox queria tomar la ofensiva penetrando en Navarra, y Castaños opinaba, por el contrario, que no debian atravesar el Ebro, y que valdria mucho mas retroceder é internarse en España, á fin de evitar los encuentros generales con los franceses. Sorprendiólos en esta controversia el mariscal Lannes, y viéronse precisados por los gritos del pueblo que los apellidaba traidores, á aceptar la batalla. Las cosas habian llegado á tal punto, que los aragoneses, al mando de O'Neil, no habian pasado aun el Ebro el 23 por la mañana, y mediaba, por tanto, una distancia de tres leguas entre el ala derecha, formada por estos, y el extremo del ala izquierda, que la componian los andaluces. Castaños se apresuró á formar á unos y á otros en batalla sobre las alturas que se elevan delante de Tudela, y las cuales van disminuyendo hasta las inmediaciones de Cascante, ciudad situada en medio de una llanura poblada de olivar.

Al llegar Lannes al frente de esta posicion, distinguió á su izquierda, sobre las alturas que hay antes de Tudela y cerca del Ebro, una fuerte masa de españoles, que eran precisamente los aragoneses que acababan de pasar el rio, y los cuales se hallaban defendidos por una numerosa artillería. En el centro, y sobre unas alturas menos elevadas,

al p so que protegidas por un bosque de olivos, distinguió otra masa, compuesta de valencianos, murcianos y castellanos. Mas lejos, á la derecha, pero á una gran distancia y hácia Cascante, distinguíase en la llanura otro peloton muy numeroso, compuesto de las divisiones de Andalucía, á las ordenes de Peña y Grimarest, las cuales no habian llegado aun á la linea. El total de todas estas fuerzas podia ser de unos cuarenta mil hombres.

El mariscal Lannes resolvió sobre la marcha apoderarse de las alturas de la izquierda, y cuando estuviese ya cerca de conseguirlo, lanzarse contra el centro de los insurgentes, para caer despues sobre la porcion del ejército español, que se hallaba á la derecha, hácia Cascante, proponiéndose además dirigir contra esta su retaguardia, formada por la division Lagrange, que aun venia bastante lejos.

Tomada esta resolucion, mandó inmediatamente á la division Maurice-Mathieu, que era una de las mejor organizadas, sobre las alturas de la izquierda, y guardó en reserva las divisiones Musnier, Grandjeau y Morlot para operar contra el centro en el momento oportuno. La caballeria hallábase desplegada en la llanura, dando frente una gran parte á la derecha, para contener al enemigo del lado de Cascante, y dar tiempo á la division Lagrange para que se incorporara al resto del ejército.

Los generales Maurice-Mathieu y Habert, precedidos de un batallon de cazadores, avanzaron á la cabeza de un regimiento del Vistula y del 11.º de línea, antiguo regimiento que se habia encontrado en Eylau, y para el cual no tenian seguramente nada de espantosas las batallas con los es-

pañoles. Lannes habia dado orden de que no se hiciese mucho uso del fusil contra un enemigo superior en número, y situado en una posicion ventajosa. Así, pues, inmediatamente que los cazadores lograron que los insurgentes se replegaran sobre las alturas de la izquierda, los generales Maurice-Mathieu y Habert formaron sus tropas en columnas de ataque, y empezaron a trepar hácia las posiciones. Los aragoneses, gente mas bizarra y mas entusiasta que la del resto de la nacion, hallábanse obligados en cierto modo por su anterior comportamiento á sostener el combate, y lo sostuvieron efectivamente con cierto encarnizamiento. Despues de hacer bastante buen uso de su artilleria contra los franceses, disputáronles el terreno palmo á palmo, y les mataron un considerable número de hombres. Esto no obstante, la division Maurice-Mathieu, que se sostuvo vigorosamente, los obligó despues de un combate de dos horas á retroceder hácia Tudela. Así que Lannes se persuadió de que la accion no ofrecia ya por aquel punto duda alguna, mandó avauzar a la division Morlot, que acababa de llegar, y apoyandola con la division Grandjeau, dirigió á ambas contra el centro de los españoles, compuesto, segun ya hemos dicho de murcianos, valencianos y castellanos. Los obstáculos del terreno, que eran numerosos, ofrecieron ó la division Morlot mas de un obstaculo que vencer. Hallándose, empero, formada esta en su mayor parte de tropas jóvenes y llenas de entusiasmo, atropelló por todo, y rechazó a los españoles sobre Tudela, donde el general Maurice-Mathieu debia penetrar tambien con sus soldados con arreglo á las instrucciones que habia recibido. La division

Morlot perdió en esta empresa de trescientos á cuatrocientos hombres.

Desde aquel instante convirtiósese la batalla en una derrota general, puesto que los españoles, desalojados por las divisiones Maurice-Mathieu y Morlot de las alturas circunvecinas á Tudela, y obligados á replegarse sobre la ciudad misma y sobre la vasta llanura que se estiende al otro lado de ella, huyeron en el mas espantoso desorden, dejando muchos muertos y heridos, un número de prisioneros mas considerable que lo de costumbre, toda su artilleria y un parque inmenso de municiones y carros de bagage.

Eran las tres de la tarde. Lannes mandó al mariscal Monecy en persecucion de los fugitivos sobre el camino de Zaragoza con las divisiones Maurice-Mathieu, Morlot y Grandjeau, la caballeria de Colbert, y los lanceros polacos á las órdenes de Lefebvre-Desnoettes. Esta caballeria atravesó por la brecha abierta en el centro de la línea enemiga, entre Tudela y Cascante, y se lanzó á galope sobre los fugitivos por cuantos caminos se encuentran por aquellos campos poblados de olivar. Lannes se quedó con la division Musnier, y los dragones, para hacer frente á la izquierda de los españoles, compuesta de las tropas al mando del general Peña, las cuales se distinguian á lo lejos por el lado de Cascante.

Impelido Castaños por la derrota, no pudo conseguir reunirse con su izquierda, la cual presentaba una masa imponente de infanteria, y era la misma que habia cogido por retaguardia á Dupont en Bailen. El general Peña la condujo en línea

desde Cascaute á Tudela por una llanura, en la cual podia desplegarse perfectamente nuestra caballería. Lannes lanzó sobre ella la brigada de dragones del general Dijeou, á fin de que la contuviesen mientras llegaba la division Lagrange, que no habia entrado aun en fuego, y estos lo consiguieron en virtud de cargas repetidas. Presentóse por fin, el mencionado general á una hora bastante avanzada, y disponiendo sus tropas en escalones próximos unos de otros, se lanzó pronta y vigorosamente al ataque de Cascaute. El general Lagrange marchaba á la cabeza del 25.º de ligeros, que formaba el primer escalon. El 25.º avanzó á la bayoneta sobre Cascaute, y derrotando á la division Peña, la rechazó sobre Borja, á la derecha del camino de Zaragoza. Lagrange recibió una herida de bala en un brazo al cargar al enemigo, marchando á la cabeza de su division.

La noche vino á poner fin á la batalla, la cual ofrecia ya, así por la izquierda como por la derecha, el aspecto de una inmensa derrota. Los aragoneses habian sido rechazados sobre Zaragoza, y los andaluces sobre Borja y hácia el camino de Calatayud. La retirada tenia que ser por precision divergente, aun cuando los sentimientos de los generales no los hubiesen dispuesto á marchar separados unos de otros, despues de un descalabro comun. Aquella jornada nos valió cuarenta piezas de artillería, tres mil prisioneros, heridos casi todos por la razon sencilla de que no se podia cogerlos sin acuchillarlos, y unos dos mil muertos ó moribundos que quedaron en el campo de batalla. En esta batalla lo mismo que en la de Espinosa, la dispersion fué el resultado principal. Nuestros gi-

netes prosiguieron por espacio de algunos días haciendo prisioneros.

En la madrugada del siguiente dia, y no pudiendo el mariscal Lannes soportar la fatiga del caballo por haber querido e-ponerse á ella demasiado pronto, encargó al mariscal Moncey que continuase la persecucion de los aragoneses sobre Zaragoza con las divisiones Maurice-Mathieu, Morlot, y Grandjeau, y parte de la caballería, y confió el mando de la division Lagrange, cuyo gefe acababa de ser herido, al bizarro Maurice-Mathieu, al cual agregó además la division Musnier, los dragones y los lanceros polacos, á fin de que todas estas tropas marchasen bajo sus superiores órdenes sobre Castaños, que huía hácia Madrid por Calatayud y Sigüenza. Aun cuando ninguna noticia habia tenido Lannes hasta entonces acerca de la marcha del mariscal Ney, esperaba sin embargo que tropezarian con él los andaluces, y que espiarían terriblemente la jornada de Bailén.

Hallándose, empero, desgraciadamente en la mayor incertidumbre el mariscal Ney, vacilando entre escoger el camino de Soria á Tudela ó el de Soria á Calatayud, y no atreviéndose á tomar decision alguna hasta tanto que recibiese las órdenes ulteriores que habia pedido al cuartel general, no solo habia pasado en Soria la jornada del 22 con objeto de reunir sus dos divisiones, sino que se detuvo tambien las dos del 23 y 24 aguardando noticias, y no resolvió hasta el 25 partir á Agreda, desde cuya villa se hallaba á la distancia de una jornada de Cascaute. Si hubiese partido siquiera el 23 por la mañana, facilmente hubiera podido caer aquella misma noche ó al otro dia á lo sumo

sobre la retaguardia de las tropas de Castaños: pero las instrucciones del cuartel general, si bien eran bastante claras, dejaban todavía bastante latitud al mariscal, y los últimos informes que habia recogido en Soria acerca de la fuerza de Castaños, habian introducido una gran confusión en su ánimo. Habíasele dicho, (1) que este general contaba

(1) Acerca de este hecho tan importante en la carrera del ilustre mariscal, parécenos oportuno citar algunas cartas del cuartel general, las cuales prueban la gran estima en que tenía Napoleon á este militar excelente, y manifiestan el juicio que formó de su indecisión. Por ellas se verá así mismo, que no fué un sentimiento de celos lo que motivó la pérdida de tiempo del mariscal Ney, puesto que si hubiera llegado oportunamente, estábale reservado un triunfo mucho mas brillante que el de Lannes, en atención á que hubiera cogido al general Castaños. La causa verdadera no fué otra que la que yo cito, la cual está en armonía con el juicio que formó Napoleon. He aquí los documentos, inéditos hasta aquí, que lo comprueban; el lector pronunciará en vista de ellos su fallo.

El mayor general al mariscal Ney, en Aranda.

BURGOS, 18 de noviembre de 1808,
á medio día.

«El emperador ordena que partais mañana antes del amanecer con todas vuestras fuerzas sobre San Esteban de Gormaz, para que desde esta villa os dirijais sobre Almazan ó sobre Soria, segun los informes que vayais adquiriendo. Interceptareis en Almazan el camino de Madrid á Pamplona, y ademas conseguireis ponerlos sobre la retaguardia de las tropas de Castaños. En el caso de que éste se retire sobre Madrid por Calatayud ó Daroca, vuestro primer objeto debe ser entrar en Soria, cuya

con ochenta mil hombres, y hasta no faltaba quien añadiera que Lannes habia sido derrotado; por lo que alucinado el intrépido mariscal con semejantes rumores, temió aquella vez el pecar por dema-

sumision es importantísima, antes de pasar adelante. A este efecto os dirigireis sobre la ciudad mencionada, destruireis sus muros, la desarmareis, podreis presa á la junta, establecereis autoridades compuestas de personas honradas, y direis á la ciudad, que mande una diputacion al rey. Poncos en comunicacion con el mariscal Lannes, el cual llegará el 21 á Lodosa con sus fuerzas, el 22 se incorporará con las tropas del mariscal Moncey, y marchando el mismo día á Calahorra, partirá el 23 sobre Tudela. Vos, señor mariscal, debeis estar el 21 en Almazan, y el 22 en Soria. El emperador llegará el 21 á Aranda. De modo, que el 22 la izquierda estará en Calahorra, el centro, que lo formais vos, se hallará en Almazan ó Soria, y la derecha sobre Aranda.»

El mayor general al mariscal Ney, en Almazan.

BURGOS, 21 de noviembre de 1808,
á las cuatro de la tarde.

«Los mariscales Lannes y Moncey atacan el 22 al enemigo en Calahorra: debeis, por tanto continuar vuestro movimiento sobre Agreda, á fin de caer sobre los flancos del enemigo, ó reuniros á Lannes en caso necesario.

El mayor general al mariscal Ney, por Agreda.

ARANDA, 27 de noviembre de 1808,
á las diez de la mañana.

«Parece que despues de la batalla de Tudela, el ejército de Aragon se ha retirado sobre Zaragoza, y el de

siado temerario, y poniéndose en marcha el 25 de noviembre, despues de haber permanecido el 23 y el 24 en Soria, llegó aquella misma tarde á Agreda, y el 26 á Tarazona, donde supo con harto senti-

Castaños sobre Zaragoza: de consiguiente, si os hubieseis hallado el 23 en Agreda, hubiera sido cogido irremisiblemente. S. M. me encarga que os reitere la orden de que persigais á Castaños sin tregua, y que no deis reposo á vuestro ejército, hasta tanto que haya desmembrado un trozo del suyo.

«No hagais caso de los rumores que corran en el país. Decíase que Castaños tenia ochenta mil hombres, y solo contaba con cuarenta mil, incluso los paisanos. Todos han huido dejando en nuestro poder sus banderas y su artillería. No abandonéis á Castaños, y procurad que os toque una parte de su ejército. Esta es vuestra misión.»

El mayor general al mariscal Ney, por Agreda.

ARANDA, 28 de diciembre de 1808,
á las siete de la noche.

«El emperador me ordena que persigais á Castaños con actividad, y que vaya á Madrid, ó vaya donde quiera, marcheis en su alcance. El emperador pasa mañana á Somosierra, y lleva el proyecto de cortar el paso á Castaños, si lo es posible, sobre Guadalajara. Pero es esencialmente, señor mariscal, que le persigais sin tregua, y que no le dejéis que se lance sobre el cuerpo francés que marcha sobre Madrid, el cual podrá suceder que tuviese que luchar al mismo tiempo con los ingleses, los cuales segun noticias, se han puesto en movimiento. El cuartel general del emperador llegará mañana á Bocoguilas, y pasado mañana á Buitrago. De consiguiente, vuestra misión, señor mariscal, no es otra que atacar y combatir al

miento suyo los errores en que habia caído, y la gran ocasion que habia desperdiciado. Lo que acababa de suceder al mariscal Ney, era una cosa que sucedia frecuentemente á todos aquellos de nuestros generales, que se fiaban de la exageración de los españoles, contra la cual se esforzaba en vano Napoleon en encargarles que estuviesen prevenidos, repitiéndoles a cada paso, que las tropas de la insurrección no eran mas que una *canalla*, sobre cuyos cuerpos se podia pasar sin inconvenien-

ejército de Castaños, especialmente si se dirige sobre Madrid.»

El mayor general al mariscal Ney, en Guadalajara.

«CHAMARTIN, 8 de diciembre de 1808.

«Los ingleses han encomendado su salvación á la fuga, pero nos hemos hallado por espacio de algunos momentos en una situación grave. Habeis cometido una falta en llegar á Guadalajara tarde, y otra en no seguir vuestras primeras instrucciones, puesto que sabiendo que Lannes atacaba el 23, y que vuestra misión era cortar á Castaños, en vez de marchar rápidamente sobre Agreda, habeis perdido dos dias inútilmente en Soria.

«S. M. no aprueba que hayais reunido vuestro ejército con el del mariscal Moncey: era preciso ante todo seguir al general Castaños, y dejar á cargo del duque de Ccegliano el sitio de Zaragoza. El emperador no comprende, porque, al salir el 2 de Zaragoza, no habeis dejado la division Dessoles al mariscal Moncey. Pero lo pasado ya no tiene remedio. S. M. conoce demasiado bien vuestro celo, para conservar enojo contra vuestra persona, y no tardará á depararos ocasion en que podais repararlo todo. El emperador ha dudado en dar orden á la division

te alguno. Pocos días despues, dióles él mismo acerca de este particular un memorable ejemplo.

El mariscal Ney reunió su ejército con el que mandaba el mariscal Moncey, cuyas fuerzas habian quedado muy mermadas á causa de la partida de los divisiones Lagrange y Musnier que habian sido enviadas en persecucion de Castaños. Deseando aquel mariscal que no fuese del todo inútil su presencia en aquellos lugares, convino

Dessoles y á los polacos de que retrocedan sobre Zaragoza, por ahorrar fatigas á sus tropas; por lo que, prefiriendo cambiar en sus proyectos ulteriores, acaba de ordenar el mariscal Mortier que se dirija sobre esta ciudad.»

El emperador al mariscal Lannes.

«ARANDA, 27 de noviembre de 1808.

«Vuestro ayudante de campo ha llegado aquí el 26 á las ocho de la mañana, y me ha dado cuenta del brillante triunfo de Tudela. Os felicito por él, señor mariscal. Ney no ha correspondido esta vez á mis esperanzas. Habiendo llegado el 22 al medio día á Soria, debió, según mis órdenes, salir el 24 de madrugada para Agreda. Pero dejándose alucinar por las exageraciones de los habitantes, y creyendo que Castaños llevaba consigo un ejército de ochenta mil hombres permaneció el 23 y 24 en Soria, temiendo comprometerse. Le he dado orden de que parta inmediatamente para Agreda, y ha debido llegar allí el 25. El 23 y el 24 oyó el estruendo de vuestra artillería, y sin motivo ni indicio alguno razonable, creyó haber sido batido. Posteriormente le he ordenado que persiga á Castaños sin tregua. Al presente me ocupó en volver á llamar al mariscal Victor, á quien habia enviado hácia Aragon, con el objeto de poder emprender mi marcha sobre Madrid.»

con el mariscal Moncey en hacer una embestida sobre Zaragoza, donde se habian encerrado los hermanos Palafox y los aragoneses fugitivos. Durante este tiempo, el general Maurice-Mathieu perseguia con tanta actividad como vigor los restos del ejército del general Castaños, el cual iba retirándose en desorden hácia Calatayud. Lannes se quedó enfermo en Tudela, desde donde escribió á Napoleón, ofreciéndose á volver á montar á caballo, aun cuando todavía no se hallase del todo restablecido, si lo consideraba aquel útil para hacer frente á los ingleses y obligarlos á que se refugiassen en el mar. ¡Pluguiera al cielo, que Napoleón hubiese confiado á tal gefe el cuidado de perseguir, á aquellos terribles enemigos del imperio!

Hasta el 26 no recibió Napoleón, á causa, de la dificultad constante de las comunicaciones, la noticia de la conducta vigorosa de Lannes en Tudela, de la dispersion de los ejércitos españoles de la derecha y del centro, y de la ejecucion del movimiento prescrito al mariscal Ney. Como la idea que tenia sobre este mariscal, hacia que lo considerase como uno de los mejores militares de su tiempo, solo atribuyó su error á la opinion equivocada que se habian formado los generales franceses de la España y de los españoles, y si bien sentia que la maniobra ordenada sobre Soria se hubiese llevado á cabo, consolabase con la idea de que los ejércitos de los insurgentes estaban punto menos que anonadados, y con la de que el camino de Madrid quedaba franco y espedito en adelante para sus tropas. En efecto, los aragoneses, al mando de Palafox, eran capaces cuando mas para defender á Zaragoza. Los andaluces, conducidos por

Castaños, retirábanse en número de ocho ó nueve mil hombres sobre Calatayud, y no podían hacer otra cosa que ir á aumentar la guarnicion en Madrid, replegándose sobre esta capital, si les daba tiempo para ello, por Sigüenza y Guadalajara. El marques de la Romana caminaba con toda la celeridad posible hácia Leon con seis ó siete mil fugitivos. Y finalmente, del ejército de Estremadura que tan rudamente habia sido tratado en las cercanías de Burgos, solo quedaban algunos restos, que se habian encaminado sobre Madrid.

El único obstáculo que hubiera podido detener á Napoleon, era el ejército inglés, del cual no tenia mas que noticias vagas é inciertas: este ejército, sin embargo, no se hallaba aun en estado de emprender nada. Sir John Moore habia llegado á Salamanca con trece ó catorce mil hombres de infantería, estenuados á causa de la larga marcha que habian hecho atravesando todo el norte de Portugal, y llenos de desaliento por las privaciones que habian tenido que sufrir, á las cuales no estaban acostumbrados los soldados ingleses. Como su artillería y su caballería habian seguido el camino de Badajoz con direccion á Talavera, escoltadas por una columna de infantería, el general Moore no llevaba consigo ni siquiera un cañon ni un caballo. Sir David Baird, por último, que habia desembarcado en la Coruña con once ó doce mil hombres, iba avanzando tímidamente hácia Astorga, y se hallaba todavía á unas sesenta ó setenta leguas de distancia de su general en jefe. Estas tres columnas no sabian de que manera habian de reunirse, y en medio de su aislamiento, no eran capaces ni se mostraban gozosas de entrar en ac-

cion. Lo que observaban en torno suyo, no era tampoco muy á propósito para infundirlas aliento, puesto que asustados los castellanos viejos con la derrota de Blake, en vez de recibirlos con entusiasmo, los acogian con extraordinaria frialdad, y no querian darles suministro alguno, sino aprontaban sus soberanos de oro ó sendos pesos duros. El general Moore, por tanto, no pudo menos de escribir á su gobierno, desengañándole sobre la idea que éste habia concebido de la insurreccion española, y manifestándole que el ejército inglés se hallaba empeñado en una muy peligrosa empresa.

Ignorando Napoleon todas estas circunstancias, pero sabiendo al propio tiempo la llegada de los ingleses por Galicia y Portugal, persistia en su proyecto de dejarlos que se internaran en la Península, á fin de arrollarlos por medio de alguna gran maniobra, y mientras llegaba este caso, el general Junot y el mariscal Soult, que quedaban en retaguardia, debian contenerlos por el frente. Siendo, pues, Madrid el mejor centro de operaciones, por cuanto desde allí se podia obrar por la derecha sobre Portugal y Galicia, Napoleon vió en esto un nuevo motivo para no diferir su marcha á la capital, y en su consecuencia, desde el instante mismo en que tuvo conocimiento del éxito de Tudela, dió las órdenes oportunas para emprender el movimiento sin dilacion.

A este fin, y deseando tener á su lado al mariscal Ney para emplearlo en difíciles empresas, y especialmente contra los ingleses, prescribióle, que, abandonando inmediatamente la embestida contra Zaragoza, se pusiese en camino de Madrid,